

Gabriela Pólit Dueñas, compiladora

Antología
Crítica literaria ecuatoriana
Hacia un nuevo siglo

©FLACSO, Sede Ecuador

Páez N19-26 y Patria, Quito – Ecuador

Tel.: (593-2-) 232030

Fax: (593-2) 566139

www.flacso.org.ec

ISBN Serie: 9978-67-049-1

ISBN Volumen: 9978-67-062-9

Compiladora: Gabriela Pólit Dueñas

Coordinación editorial: Alicia Torres

Cuidado de la edición: María Isabel Hayek, Cecilia Velasco

Diseño de portada y páginas interiores: Antonio Mena

Impresión: RISPGRAF

Quito, Ecuador, 2001

Índice

Presentación	5
ESTUDIO INTRODUCTORIO	
Jirones en el tejido. Una lectura de los aportes de la crítica literaria ecuatoriana en la última década	9
Gabriela Pólit Dueñas	
BIBLIOGRAFIA TEMÁTICA	29
ARTÍCULOS	
Juan Bautista Aguirre y la poética colonial	43
Francisco Javier Cevallos	
Sociedad y Literatura en la Audiencia de Quito. Período jesuítico	57
Hernán Rodríguez Castelo	
En busca de nuevas regiones: la nación y la narrativa ecuatoriana	141
Fernando Balseca	
Siglo XIX	
La polémica en torno de la valorización del quichua en la literatura ...	157
Regina Harrison	
Jonatás y Manuela: Lo afroecuatoriano como discurso alternativo de lo nacional y lo andino	195
Michel Handelsman	
La noción de vanguardia en el Ecuador: Recepción y trayectoria (1918-1934)	223
Humberto E. Robles	
Humberto Salvador y Pablo Palacio: política literaria y psicoanálisis en la Sudamérica de los treinta	251
Wilfrido H. Corral	

Acerca de la modernidad y la poesía ecuatoriana	307
Iván Carvajal	
Petróleo, J.J. y utopías: cuento ecuatoriano de los 70 hasta hoy	329
Raúl Vallejo	
Los avatares de un viejo diálogo: Los estudios de la cultura y la crítica literaria	349
Alicia Ortega	
Notas sobre los autores	360

Jirones en el tejido. Una lectura de los aportes de la crítica literaria ecuatoriana en la última década

Gabriela Pólit Dueñas^{1/2}

Imaginemos un escenario extremo: el puerto de Cádiz el 2 de agosto de 1492. Un mar de gente esperando embarcarse, hombres cargando baúles y cajas; mujeres con niños en brazos y el bullicio de jóvenes anunciando, a gritos, la partida de los barcos que llevarían lejos a todos aquellos quienes habían sido expulsados del reino. Familias divididas, amistades interrumpidas, pueblos enteros a los que se les sometía a vivir sin la mitad de sus habitantes. En esa misma fecha y del mismo puerto, zarpaba un navegante genovés a quien la Reina Católica había apoyado para que llevara a cabo un viaje en el que exploraría nuevos rumbos hacia las Indias. Sus marineros, sin embargo, eran menos expertos y sus embarcaciones más modestas, ya que las familias expulsadas habían pre-

-
- 1 Quiero celebrar la labor de FLACSO, sede Ecuador, por la iniciativa de incorporar en su proyecto editorial los aportes de la crítica literaria. La invitación a participar en esta serie de antologías es una muestra de reconocimiento al quehacer de la crítica literaria y su importancia para el conocimiento cultural y social, como de los enfoques interdisciplinarios que darán mayores frutos en el siglo presente.
 - 2 Mi agradecimiento especial a Adrián Bonilla y Alicia Torres por la confianza de haber puesto en mis manos la organización de este volumen; Alicia, gracias además por tu enorme paciencia. Agradezco también a todos los autores de los artículos que forman este volumen; a Humberto Robles y a Wilfrido Corral por su tiempo y generosidad al mantener un diálogo activo durante la organización de la antología. Wilfrido no solo permitió la reproducción de su introducción a las *Obras Completas de Palacio*, sino que además hizo un enorme trabajo de edición para convertirlo en el artículo que está en esta publicación. Así mismo quiero agradecer a Fernando Balseca por sus recomendaciones. A la *Revista Iberoamericana*, a *Procesos*, a *Kipus*, y a *Caliope* por permitirnos reproducir su material. Quiero hacer una mención especial a Adriana Grijalva, antigua compañera de trabajo y editora de la *Revista Cultura* del Banco Central, ya que me hizo llegar a Nueva York material de la revista que me fue difícil encontrar a la distancia. Espero que este esfuerzo colectivo sea útil para abrir debates que nutran el pensamiento crítico y el diálogo entre las disciplinas.

parado con anticipación su viaje asegurándose mejores barcos en manos de los más diestros timoneros. Cristóbal Colón salía hacia el Puerto de Palos con algunos hombres de los que la Corona también quería deshacerse; con otros motivados por la aventura y con los marineros cuya falta de experiencia no les ofrecía sino una prometida fortuna. El viaje del descubrimiento, como lo conocerían años después, no fue en ese momento el único que se anunciaba en el puerto; hubo otro más desgarrador, más desesperado o quizá, menos optimista. Los viajes del descubrimiento y los últimos del exilio tuvieron lugar el mismo día porque en esa fecha se cumplía el plazo que la Corona dio a los judíos que todavía no habían salido de Sefarad, España en cristiano, para que dejaran el reino. Ese escenario casi incomprensible para nuestra lejana mirada es, según María Rosa Menocal, el jirón en el tejido de la historia y el que mejor ilustra uno de los más lacerantes dramas humanos, el exilio (Menocal 1994)³.

La literatura y la crítica le deben mucho al exilio. El gran poeta italiano escribió, lejos de su patria, una de sus obras más bellas y tal vez menos conocidas. En *De vulgari elocuentia*, Dante lamenta la vida lejos de su Florencia natal con versos y canciones que en lenguaje vulgar se cantaban en las calles y que la lengua culta no quería reconocer como expresión de arte. En esas canciones y con esos versos Dante elabora un texto cuyo último significado es político. ¿O acaso no es el exilio de Dante el motivo para esa gran creación de la literatura clásica? Y la historia de la intolerancia de quienes defendían la lengua culta de una posible *contaminación* de sus usos vulgares, ¿no se parece en algo a las disputas contemporáneas entre quienes defienden lo *puramente* literario de aquello que no lo es? Y el ideal de pureza en el reino, motivo para separar amigos, familias, amores, ¿no vino acompañado también por un diccionario de usos correctos de la lengua? Recordemos que lo que tenemos hoy en día de las cartas del genovés políglota y soñador, son las traducciones que escribió el padre Bartolomé de las Casas, quien, siguiendo las reglas del primer diccionario de gramática castellana, publicado a principios de ese año, era el único que podía reportar –en lenguaje correcto– esa nueva realidad para la que todavía no existían palabras. América era, en toda la extensión de la palabra y del territorio, una realidad que excedía a la razón europea y a su lengua.

3 Este libro fue una fuente de inspiración para este trabajo. Menocal ofrece una lectura de los textos de Colón además de los de Dante. A estos últimos los compara con la lírica de las canciones de Eric Clapton de los años 70. La crítica medievalista convierte así, olvidadas o poco conocidas obras, en trabajos de una invaluable vigencia estética y política.

Fue el caos de un reino que buscaba unidad lo que precisó imponer la racionalidad de una gramática y, junto con ese orden, vino también el silencio de todas aquellas formas de expresión que dejaron de ser adecuadas. La aporía de la racionalidad, cuyo fruto es invaluable, tuvo un costo del que, muy a nuestro pesar, no podremos conocer el precio.

Erich Auerbach escribió *Mimesis, the Representation of Reality in Western Literature*, entre 1942 y 1945 durante su permanencia en Estambul, en una universidad en la que no había la infraestructura de una gran biblioteca. El libro, un clásico de la crítica literaria de este siglo, fue escrito en el exilio, no solamente del territorio nacional, sino del ámbito de los libros. Con este libro Auerbach confirma esa paradoja del conocimiento academicista que muchas veces está lejos de llegar a elaborar los aciertos más simples en materia de una buena lectura crítica.

Un horizonte de crisis

Mientras más lejos está el objeto de nuestra comparación, más claro parece estar el que nos ocupa, porque cuando abrimos el horizonte temporal de nuestras búsquedas, las semejanzas entre los orígenes de la creación literaria y la crítica que la acompaña, parecen ser mayores. Regresar, por lo tanto, a los orígenes de la poesía clásica o a los primeros textos sobre América y comprender que ellos nacieron en y como momentos de ruptura, cuestionamiento, rechazo a la norma o adecuación a una realidad completamente novedosa, es recordar lo que las instituciones académicas a veces nos enseñan a olvidar: la fecundidad de los momentos de ruptura y la importancia de la diferencia. Descubrir en Dante el desasosiego que provocó su exilio y comprender que su desesperación lo llevó a encontrar en las voces populares la mejor manera de criticar las instituciones que lo exilaron y expresar así el dolor que le causaba vivir fuera de su ciudad natal es, de alguna manera, hacer del clásico un fenómeno contemporáneo y situar a Dante entre nosotros. Identificar la multitud que acompañaba a Colón los días que salió de España casi victorioso por el apoyo de los Reyes Católicos, conscientes de que la otra mitad de la población experimentaba el más injusto y atroz de los destinos, es comprender el espesor de toda época histórica, espesor que a veces no consta en un texto, pero que la tarea del crítico ayuda a reconocer. Regresar a estas brechas en la historia y saber que en ellas se gestaron obras prodigiosas, no significa desmerecer los logros de la racionalidad o de la lengua, sino poner en perspectiva su desarrollo.

Estos ejemplos, aunque distantes en el tiempo, sirven para ilustrar mi propósito al escribir estas páginas. Más que buscar una unidad, con la organización de este volumen intento señalar surcos, rupturas en ese gran tejido de la crítica ecuatoriana de los últimos años. El comienzo de un milenio es un buen momento para cruzar orillas, cambiar destinos y reflexionar sobre la propia tarea crítica. A esto se debe el título de estas páginas: este libro es un grupo de artículos organizados a manera de jirones que presentan otras formas de escribir/leer para volver a leer/escribir crítica literaria en Ecuador. Esta antología, sin embargo, no es fruto de una convocatoria *a priori* para que los autores reflexionaran sobre la crítica en el marco del nuevo milenio. El volumen presenta un resumen, es ‘un estado de cuentas’ de lo que se ha hecho y dicho en la última década y en este sentido, no se puede cambiar el curso de los textos escritos. No es en la escritura, entonces, donde se encontrarán las brechas y los jirones que propongo, sino en la organización de un nuevo horizonte de lectura. La lectura es la estrategia que abre nuevos surcos y propone lugares hacia donde mirar, porque es ella el instrumento y el lugar donde se organizan y construyen nuevos objetos. Esta antología es un jirón en el tejido de la crítica, en la medida en que posibilita una lectura que, así como evalúa los aportes, cuestiona los vacíos, y así como define los elementos de consagración, los mira con cierta reserva. La intención de este movimiento es proponer una lectura que sitúe los proyectos “racionalizadores” de la crítica en un espacio de *crisis*.

En la crítica literaria contemporánea, como en todos los discursos del saber en la modernidad, existe una recurrente evocación a la noción de crisis. La crisis constituye una suerte de palimpsesto con el que se escribe una y otra vez, se trazan surcos que dividen territorios interpretativos a la vez que generan diversas formas de comprensión. La crisis, como el palimpsesto, es una y son varias, se repite, se borra y se vuelve a escribir. Hacer referencia a la crisis puede parecer un recurso que legitima la necesaria arbitrariedad con la que se seleccionan los textos de toda antología, arbitrariedad a la que ésta no escapa. Mi intención, sin embargo, es recordar que cualquier pensamiento crítico construye y constituye en sí mismo un horizonte de crisis.

En este movimiento existe un riesgo. Bajo el alero de la crisis se han multiplicado diferentes formas de interpretación y análisis de la realidad. En los últimos años, el cuestionamiento de una racionalidad única ha estado acompañado por procesos en los que categorías homólogas a ciertas estructuras sociales han sido impuestas a otras realidades con estructuras sociales y económicas muy distintas. Este proceso constituye lo que Pierre Bourdieu describe como

una *colonización mental*, mecanismo por el cual se da una suerte de *re-modelación* del mundo a imagen y semejanza de los centros de poder (Bourdieu 1999). Por el carácter vertiginoso que este proceso ha tenido en décadas recientes y por la cantidad de categorías nuevas con las que se pretende dar cuenta de un todo –global– como si fuera homogéneo, resulta necesario tomar un poco de distancia y pensar en la labor intelectual. En realidad, el fenómeno de una colonización mental que para el sociólogo francés de alguna manera resulta novedosa, es un asunto que en nuestro continente ha pautado el desarrollo de muchos debates y ha sido el centro de preocupación desde el siglo XIX, cuando las naciones buscaban independencia política y autonomía intelectual, y lo siguió siendo durante el XX. En este punto quiero remitirme a las reflexiones de Ángel Rama, cuya preocupación fundamental era el ámbito de la crítica literaria. Para Rama utilizar aportes teóricos e instrumentos extranjeros plantea, ante todo, un problema operativo. Él propone usarlos solo en la medida que nos acerquen a una comprensión más amplia y verdadera de las letras continentales, ya que el verdadero conocimiento del discurso literario se da cuando se comprenden las características específicas de la sociedad en la cual se formó y de la cual emergió (Rama 1974:83-84). Para Rama, en este texto, el punto de partida es la literatura y desde su condición textual se miran los condicionamientos sociales.

En un libro magistral que apareció años después, Rama estudia la vinculación entre la ciudad de las letras y el poder, y establece un distanciamiento de lo puramente literario para analizarlo como un discurso aliado y no crítico del poder. Habiéndolo escrito inmediatamente después de que le negaran el visado para permanecer en los Estados Unidos y sintiéndose obligado a defender su condición de intelectual, creador, director de la Biblioteca Ayacucho y de la revista *Marcha*, Rama busca en este libro una democratización de la labor del intelectual. Me refiero a *Ciudad letrada*, publicación póstuma del uruguayo que para muchos es la piedra fundacional de los estudios culturales. No voy a profundizar en el debate entre lo estrictamente literario y la propuesta que hoy en día tienen los estudios culturales, en cuyo centro existe una redefinición de la literatura como disciplina dentro del campo de las humanidades y cuya apuesta parece ser la de cierta autonomía cultural. Creo importante aclarar, sin embargo, que dada la trascendencia que el debate tiene en el campo, no debe pelearse de un encierro académico. Creo importante rescatar que la *ciudad letrada* de la que habló Rama, excluyó a aquella donde la letra no había llegado; la nación que consolidó y consagró las letras tuvo, necesariamente, que marginar lo que no podía integrarse en ellas. La propuesta de los estudios culturales es un

reencuentro con esa realidad no escrita, o escrita pero no desde el centro del poder, y el proponer una mirada que recupere otras realidades y las haga visibles, conlleva un cuestionamiento del discurso de lo literario. En su artículo “Los avatares de un viejo diálogo: los estudios de la cultura y la crítica literaria”, incluido al final de este volumen, Alicia Ortega ofrece una visión del debate entre la crítica literaria tradicional y los estudios culturales y muestra cómo el discurso de crisis y la crítica literaria pasan por formas de lectura que no sólo se oponen, sino que por momentos se definen como disciplinas diferentes en lucha por un liderazgo básicamente académico.

El exilio

El lugar al que quiero dirigir la mirada, sin embargo, no es al todo social y cultural en el que se genera una obra de arte, tampoco quiero detenerme a defender la pureza casi kantiana del hecho estético y de la obra de arte. Para poner la problemática de la colonización mental en términos de la función de la crítica literaria, pensemos que si la crítica es un elemento importante –aunque no único– en la consagración o descrédito de una obra de arte; si la crítica contribuye a legitimar o deslegitimar un canon y con ello aporta o cuestiona la institución de lo literario, del saber, y de lo que se admite y reconoce como una identidad cultural, es considerable la responsabilidad que cae sobre quienes la ejercen. Para reflexionar sobre quienes hacen crítica, es necesario reconocer el espacio geográfico e institucional desde donde emana el pensamiento crítico. En otras palabras, proponer una lectura que cuestione y divida, como propongo con esta antología, conlleva poner en el centro de nuestra reflexión a quienes ejercen la lectura como profesión, es decir, los intelectuales y las instituciones que los avalan.

En la época colonial, los letrados son los cronistas que con el formato del lenguaje de la ley tenían que reportar a los reyes el acontecer en América (González Echevarría 1990). En el siglo XIX, los letrados son los inventores de las nuevas naciones (Benedict Anderson 1983). Para algunos críticos como González Echevarría, los escritores del XIX emulan un formato del discurso positivista y describen América desde lo empírico tratando de llegar así a su interior. Para otros, como Doris Sommer (1991) la producción del discurso literario está pautada por la creación de romances que juntan la integración de la nación con una norma sexual. A finales del siglo XIX y comienzos del XX, el lugar de

los letrados cambia. A partir de este momento, de maneras diferentes y con distinta intensidad en cada lugar, el campo literario empieza a separarse del quehacer del Estado y son otras las instituciones que lo rigen, la prensa escrita a principios de siglo, la universidad, y más tarde, la fuerza del mercado, etc. Dirijo mi mirada a este lugar liminar entre el ámbito social y político y la obra de arte, porque mi reflexión trata de acercarse a quienes ocupan el lugar central en el ámbito del conocimiento y reconocimiento de la propia realidad, los intelectuales. Poner en cuestión la función de los intelectuales —tomando en cuenta el lugar que ocupan en las instituciones y a su vez, la posición de éstas respecto a los centros de poder en la sociedad— es proponer un ejercicio de autorreflexión que, por necesidad, genera un espacio de crisis. Considerando que el horizonte de crisis está fuertemente influenciado por una redefinición de la ciudad de las letras, sus límites y sus alcances, pensar en la labor del intelectual es abrir un campo de cuestionamiento que nos enfrenta a lo más íntimo en la reformulación de la disciplina. El conocimiento crítico de uno mismo es lo que caracteriza a la modernidad y por eso, como insiste Octavio Paz, la modernidad es la tradición de la ruptura.

A finales de siglo, un crítico de origen palestino que produce su discurso desde el centro de la academia anglosajona, ha reflexionado acerca de las funciones del intelectual en un contexto más actual. Edward Said define al intelectual como un sujeto que, idealmente, debe estar en el exilio (1994). La referencia al exilio como un lugar privilegiado en el campo del pensar, permitió abrir las reflexiones de estas páginas relatando ese escenario de destierro donde, de alguna manera, comienza a trazarse el horizonte de lo que hoy entendemos como modernidad. Esa imagen nos permite pensar que en la actualidad el intelectual atraviesa por un necesario llamado a exiliarse de esa ciudad letrada de la que habla Rama. Esta emigración no es solamente una característica ética de su labor, sino una posición que ocupa porque la redefinición de las disciplinas y las instituciones así lo exige. Si bien al remontarnos a la España de 1492 para describirlo, el exilio adquiere un halo de misticismo, no es su lado místico lo que rescata Said. Para él, el exilio no es un simple destierro, es una re-territorialización que posibilita mirar hacia el lugar de origen con cierta distancia. Cualquier tipo de desarraigo cuestiona un estado de cosas, altera la norma y constituye un nuevo horizonte de pensamiento que confronta la tradición y elabora una pregunta cuya última instancia —como los poemas de Dante o los viajes de los judíos en 1492— nos remite al ámbito institucional y político. Desde el exilio se puede elaborar un proyecto cultural

que apele a tradiciones intelectuales más amplias sin dejar de cuestionar los modelos bajo los cuales se fundamentaron las ideas de una identidad. El exilio —como realidad o metáfora— representa la no pertenencia a la que tanto creador como crítico deben anclarse; he ahí su dificultad, su drama y su profundo valor ético.

La apología del exilio, sin embargo, tiene una contraparte que debe ser considerada. Es necesario aclarar que en nombre del exilio se rechazan los consensos por los cuales se han creado las identidades nacionales y con ellas los falsos patriotismos. Se cuestionan las formas de representación que pretenden un universalismo que, por establecer un orden patriarcal, no incluye a las mujeres; que por fijar fronteras, excluye a los inmigrantes; que por defender una raza, no admite la diferencia indígena y, que por institucionalizar una jerarquía en el discurso, no escucha la voz de los subalternos. No se trata de defender un relativismo cultural revestido en un postmodernismo que poco dice de nuestra realidad social y cultural y al que hay que temer por incapaz e indiferente, pero hay que cuidarse de los clichés y las metáforas repetitivas, porque anuncian el deterioro y el desgaste del lenguaje. El exilio debe ser un compromiso.

Suscribirse, entonces, a cualquier forma de pensamiento o análisis, sea éste la crítica tradicional, el pensamiento postcolonialista o neocolonialista, postestructuralista, feminista, psicoanalítico, o cualquier otro, no debe significar perder de vista el lugar desde dónde se escribe y para quién. El origen al que nos referimos en este caso, no es un punto de referencia hacia el cual una puede dirigirse de manera lineal, es más bien, la trama de relaciones en las que se crean tanto las obras como la crítica que las consagra y legitima, o que las ignora y las olvida; así como las relaciones entre las instituciones de poder, sean las académicas, las estatales o los medios de comunicación. El ideal del crítico, a diferencia del escritor o del poeta, es pensar en ese mundo de relaciones para comprender mejor los aportes de la obra literaria dentro de un marco general del saber. De esta manera, si la crítica literaria es un aporte efectivo al conocimiento de la producción artística de una región, y no un mero proceso de *colonización mental* o de grandilocuencia iluminista, debe cuestionarse el origen del juicio crítico aceptando el horizonte de crisis como un reto positivo y no como una amenaza.

En el marco de esta amplia reflexión sobre el exilio y la crisis como figuras que mejor representan el objetivo de un serio trabajo crítico intelectual, están ubicados los textos de la antología. Esto no quiere decir que los artículos se-

leccionados precisen aclaración alguna, sino que las lecturas son siempre diálogos y en este marco se dio mi diálogo con ellos. Mis dudas iniciales acerca de los criterios para seleccionar los textos fueron resolviéndose a medida que los leía, y el deseo de reflexionar sobre la disciplina fue afinado por las ideas que en ellos encontré. Por este motivo estoy en deuda con todos sus autores. Más allá de los criterios generales con los que quiero presentar los textos, me parece necesario recordar la condición de la antología como género. Abdón Ubidia la define como un “agrupamiento imaginario, colectivo y personal al mismo tiempo” (1999). Por el carácter escurridizo propio de toda antología, las páginas que siguen presentan una clave para la lectura de este *agrupamiento personal y colectivo* de textos y proponen una genealogía que ayuda a relacionar los trabajos y a ubicarlos en horizontes geográfica y teóricamente más amplios. Algunos artículos presentan un universo bibliográfico que puede resultar novedoso. En la medida en que los textos despierten curiosidad en los lectores, se habrá cumplido una de las metas de esta antología.

La organización de los artículos responde a un orden cronológico. A pesar de las necesarias desventajas de cualquier cronología, creo que en este caso ha servido para hacer un énfasis en las épocas que han sido poco exploradas por la crítica. Como veremos más adelante, el estudio de textos coloniales ecuatorianos es un área relegada de la literatura. Por otro lado, al comentar la producción decimonónica, también se ve limitaciones respecto a nuestra comprensión del modernismo; así mismo, creo que lecturas renovadas de novelas que no entraron en el canon, revitalizaría la noción de lo literario. Además del orden cronológico, he incluido lecturas de los diferentes géneros literarios. Hay artículos sobre novelas, poesía y cuentos. Simplemente me resta repetir que, como los artículos publicados son reproducciones, no es en la escritura de ellos donde se establece la novedad de esta antología, sino en la lectura. Todo orden implica un desacomodo, una reorganización y es allí donde pido a los lectores que encuentren un horizonte de crisis respecto a su propia comprensión de la producción de la crítica literaria en los últimos años.

Paradigmas de la creación y de la crítica

Los textos medievales y coloniales tenían como eje organizador la noción de una pureza de la lengua, como reflejo de un orden superior en el que todo se nombraba por analogías y contrastes para reflejar la realidad, y el lenguaje era

un medio que debía ser usado con precisión para transcribirla⁴. En su artículo “Sociedad y literatura en la Audiencia de Quito”, Hernán Rodríguez Castelo analiza la importancia que tuvo la misión jesuita en la formación de la “intelligentsia” en la Colonia. La cultura que impartían los jesuitas desde sus centros de formación, fue el eje centralizador de mucha de la producción artística durante la época que duró su hegemonía. El artículo de Rodríguez Castelo, publicado en 1984, fue la introducción a *Letras de la Audiencia de Quito* de la Biblioteca Ayacucho. Casi veinte años después, el de Rodríguez Castelo sigue siendo el estudio más completo sobre literatura colonial ecuatoriana. Pese a los límites temporales impuestos por los editores que solicitaron textos publicados durante la década de los 90, he incluido este artículo porque, lastimosamente, todavía no ha sido superado en cuanto a documentación y amplitud de conocimiento del tema. Digo lastimosamente porque esta reimpresión da cuenta de la falta de estudios sobre literatura colonial tanto dentro como fuera del país.

Junto con el de Rodríguez Castelo está el artículo “Juan Bautista Aguirre y la poética colonial”, en el que Francisco Javier Cevallos estudia la obra del célebre poeta guayaquileño. La reimpresión de su trabajo en 1994, llevó a Cevallos a actualizar su bibliografía, lo que resulta un aporte para quienes estén interesados en investigar, con nuevos andamiajes teóricos y dentro de los debates contemporáneos, la producción colonial en la literatura ecuatoriana. Como succinctamente explica Cevallos, el campo de los estudios coloniales ha sido uno de los más fructíferos en los últimos años a nivel del continente. Es también uno de los campos más controvertidos en la crítica hispanoamericana ya que los textos coloniales originan el discurso del mestizaje; entre ellos están los primeros textos colonizadores y las primeras letras de la resistencia. Publicar dos artículos que aparecieron en la década de los años 80 muestra la escasa preocupación que ha habido por los estudios coloniales ecuatorianos durante los años 90. Usar los aportes teóricos propuestos por Walter Mignolo o Jorge Klor de Alba, o la mirada que incluye la construcción de subjetividades femeninas como lo estudia Georgina Sabat de Rivers —trabajos que cita Cevallos—, podría provocar lecturas que vuelvan a poner en vigencia la importancia de las obras coloniales escritas en lo que hoy es territorio ecuatoriano.

4 Para comprender la organización del conocimiento en el barroco leer, Michel Foucault. *The Order of Things*, Vintage, New York, 1969. Especialmente el capítulo primero, “The Prose of the World”. Para comprender la cultura del barroco como una cultura de masas, ver José Antonio Maravall, *La cultura del barroco*, Ariel, Barcelona, 1975.

En el siglo XIX, en la América independentista y republicana, el orden del discurso cambia de centro. La nación y la organización de sus leyes se convierten en el eje de lo literario y se priorizaba la palabra escrita, la letra formal, la ley, aunque la realidad cotidiana de América sucediera lejos de esa normatividad. Basta recordar a Andrés Bello, para quien las palabras eran el único recurso que tenía el continente hispanoamericano para atravesar fronteras y buscar su unidad. Aunque el ideal de Bello de guardar la pureza de la lengua estuvo pautado por el deseo de integrar otras narrativas a la historia del continente porque sabía que voces diversas la integraban, él priorizó la escritura. El ideal de totalidad, sin duda, ha tenido grandes aportes, una lengua en común, orden, racionalidad; y, sin embargo, hay que reconocer que la grandeza de la lengua se debe mucho al olvido; al desecho de voces y expresiones que no se conocieron ni se pudieron escuchar, o que se escucharon pero nunca se integraron. Renan lo dijo, hablando de la Comuna de París y de pasadas guerras internas en Francia, el olvido es necesario para la fundación y consolidación de una nación. En el caso de América, el olvido implicó una unidad bajo el alero de una lengua común que descartó diferencias y así logró consolidar el criterio único que fue el proyecto nacional. En Ecuador, el ejemplo más claro es la exclusión de la lengua indígena y todas sus manifestaciones. En este contexto debe leerse el artículo de Regina Harrison quien, haciendo un estudio de la concepción del quichua en el siglo XIX, revela o ‘descubre’ que fue Juan León Mera quien se preocupó por integrar la lengua india al proyecto nacional, resistiéndose así a abandonarla en el olvido. En 1996, Harrison publicó *Entre el tronar épico y el llanto elegíaco*, un profundo estudio de la retórica de lo indígena en el Ecuador durante los siglos XIX y XX. Confieso que la alta calidad del libro dificultó elegir un capítulo para incluir en esta compilación. Mi preferencia respondió a que en “Siglo XIX: la valoración del quichua”, hay una perspectiva novedosa del uso de la lengua indígena que presenta además un detenido análisis textual. Harrison analiza la visión que del quichua tenían los grandes pensadores decimonónicos: Juan León Mera, Juan Montalvo y Luis Cordero. El estudio muestra los acercamientos al idioma indio durante los primeros años de la República y señala la manera en que el quichua y lo indígena fueron integrados u olvidados en el emergente proyecto nacional. La gran novedad que señala Harrison, repito, es que contrariamente a lo que se había sospechado, fue el conservador Mera, y no Montalvo el libre pensador, quien se encargó de estudiar el idioma indio y lo valoró como idioma.

En 1991, Doris Sommer publicó *Foundational Fictions. The National Romances of Latin America*, en el que la autora plantea que los romances del siglo XIX promovieron la creación de una comunidad imaginaria –como Benedict Anderson describe en *Imagined Communities*–, junto con la necesidad de establecer la norma heterosexual –a la manera descrita por Michel Foucault en *Historia de la Sexualidad*– como fundamentos de la nación. Es decir, Sommer lee en los romances del XIX la manera cómo el discurso de la sexualidad forma parte primordial en la composición de la nación tal y cómo la inventaban los escritores románticos del XIX. En estas novelas se asignaba el lugar que hombres, mujeres, grupos étnicos y letrados debían ocupar en el mapa de los nuevos estados nacionales. La categoría de género aporta de manera significativa a esta lectura que renovó los paradigmas tradicionales con los que se había leído la producción romántica en el continente. El libro de Sommer abrió un debate entre los estudiosos de la literatura del XIX, en el que participa Fernando Balseca con su artículo “La nación y la narrativa ecuatoriana”. Su lectura de *La emancipada* (1863), *Cumandá* (1879), *Pacho Villamar* (1900) y *A la costa* (1904), trae a la memoria estas obras, no tanto para revisar su valor literario, sobre lo que ya se ha escrito bastante, sino más bien para reflexionar acerca de los objetivos políticos que motivaron a los escritores románticos, su condición de letrados en la gestante nación y la posición del campo literario respecto al poder político. Balseca no presenta complejidad analítica en cuanto a la lectura de género en las novelas, pese a la fuerza que tiene la notable posición de las mujeres, sobre todo en *La emancipada* y en *A la costa*, pero disiente con Sommer en cuanto a la posición de los letrados y defiende la búsqueda de Mera como un auténtico deseo de integrar al indígena a la realidad nacional. En este sentido, concuerda con Harrison, aunque acude a fuentes y análisis distintos.

Los proyectos modernizadores de principio del siglo XX y el ideal de progreso que organizó el pensamiento positivista en el orden político y social durante las décadas siguientes, fueron también expresiones de la misma racionalidad que se ejercía desde la nación. Es así como a finales de siglo, los letrados, habiendo sido desplazados del proyecto nacional, buscan en el mercado y la prensa –con la ayuda de la tecnología del telégrafo– el lugar desde el cual y al cual dirigir sus creaciones. El “reino interior” se convierte en el espacio íntimo y privado desde el cual critican el progreso y la modernización del Estado⁵.

5 Rama, Ángel. *Ciudad Letrada*. Ediciones del Norte, 1984; Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad* Fondo de Cultura Económico, México, 1989.

Resta por leer la creación de nuestros modernistas en una perspectiva que ilumine su función dentro del mapa político del país y los aleje de ese común decir que fueron poetas frívolos. Si bien la producción de los modernistas ecuatorianos, con pocas excepciones, no trascendió mayormente en el canon hispanoamericano, su relevancia no tiene que ser vista desde la consagración continental, sino desde las búsquedas que estos escritores planteaban en el contexto ecuatoriano.

Años más tarde fue la reconfiguración de lo nacional y la búsqueda de lo autóctono lo que reguló la creación literaria y la organización de su canon⁶. El liberalismo había alcanzado un momento en el que el pensamiento neopositivista volvía, de alguna manera, con la consigna del progreso que demandaba un nuevo momento de modernización y sobre todo, de *civilización*. En el contexto continental se producen durante los años 20 y 30, tres obras clásicas: *Doña Barbara* de Rómulo Gallegos (1929) *La vorágine* de José Eustasio Rivera (1924), y *Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes (1927). De las tres obras, quizá sea el personaje de Arturo Cova quien mejor demuestra una transformación por efectos de su encuentro con ese territorio agreste y falto de civilización. En Ecuador, el encuentro con lo autóctono tuvo otros matices que convirtieron esos años en la época de oro de la producción literaria nacional. La trascendencia del discurso antropológico en el desarrollo de la producción literaria durante esta época fue quizá una respuesta a ese segundo gran momento de modernización que se le demandaba al continente. Esa preocupación por lo étnico lleva a José de la Cuadra a publicar en 1937 el tratado “El montuvio ecuatoriano”, donde describe la vida de los montubios desde un punto de vista antropológico. La preocupación donde linda lo antropológico con lo ficticio fue característica de la época en la que también se desarrolla la vanguardia, y estudiar a De la Cuadra es, posiblemente, comprender mejor cómo este fenómeno se desarrolló en nuestro país. En 1933, De la Cuadra publicó en Diario *El Telégrafo* un artículo llamado “El arte ecuatoriano del futuro inmediato” donde establece al arte como un fenómeno contaminado por la lucha de clases. A De la Cuadra le preocupa, fundamentalmente, precisar si el arte *adjetiva* o *sustantiva* la nacionalidad y resuelve su problema proponiendo que el arte sustantiva la clase social que lo entraña, y adjetiva la nacionalidad, cuyos elementos son

6 Alonso, Carlos *Modernity and Autochthony*. Cambridge University Press, London, 1991. De la Cuadra, José. “El Montuvio Ecuatoriano” en *Obras Completas*. CCE. Quito. González Echevarría, Roberto, *Myth and Archive*. Cambridge University Press, London 1991.

étnicos, geográficos e incluyen todo aquello que constituye una cultura. Su artículo pone en claro un debate en el que se combinan criterios que habían sido desarrollados por las vanguardias y la preocupación por la tierra como tema literario. En 1991, en *Las vanguardias latinoamericanas*, Jorge Schwartz elabora un brillante análisis donde demuestra que en toda América Latina la búsqueda de lo autóctono respondía también a la necesidad de novedad impuesta por la vanguardia.

Habría que aclarar que esa preocupación por lo autóctono respondía también a una mirada de afuera, y si bien la literatura ecuatoriana tuvo grandes logros durante esta época, la crítica sufrió también de cierto estrabismo. Recordemos las reflexiones de Ernesto Sábato en “El escritor y sus fantasmas” cuando dice: “Los europeos cometen a menudo la ingenuidad de pedirnos color local, y de creer que nuestra pintura o nuestra literatura no tiene “carácter”, ese carácter que en cambio encuentran en la pintura o en la novela del indio ecuatoriano. [E]s fácil lo representativo en Ecuador, pero es infinitamente arduo en la Argentina”. Esta cita de Sábato es una muestra de la limitada manera de concebir la literatura –y la realidad– ecuatoriana al interior del país, así como fuera de él. La pregunta sobre la existencia de este fenómeno como producto generado desde dentro del país o como consecuencia de las clasificaciones del canon hispanoamericano, donde lo más sobresaliente es la literatura del 30 y el resto, salvo pocas excepciones, es un mundo ancho e inexplorado, es similar a la que se refiere a la gallina y el huevo. La mejor manera de resolverla es mirar donde no se ha mirado, leer la producción que, a causa del estrabismo crítico (cualquiera sea su origen), no ha estado incluida en el canon continental por cierta falta de representatividad y fue poco considerada al interior del país por motivos políticos o por simple negligencia. Por este motivo son importantes los artículos de Humberto Robles y Wilfrido Corral.

Considerando que un conocimiento de la vanguardia ayuda a comprender, no solo la inclusión de lo autóctono y el peso del discurso antropológico en la literatura, sino el marco en el que se dialogaba con los vanguardistas, he incluido el estudio más acertado que se ha publicado sobre vanguardias en Ecuador. “La noción de vanguardia en el Ecuador: recepción y trayectoria (1919-1934)”, de Humberto Robles, fue publicado en 1988 y es otra excepción al límite temporal sugerido por los editores. El autor presenta el campo literario que se constituyó alrededor de las revistas vanguardistas publicadas en Ecuador y da cuenta de lo que, hasta la publicación de su investigación, constituía un gran olvido de la crítica. Su trabajo no es únicamente un importante apor-

te bibliográfico por su vasta documentación, sino que además, Robles organiza el material de manera lúcida, mostrando aspectos notables de una parte de la producción literaria ecuatoriana poco o nada explorada. Consciente de que la vanguardia fue una preocupación que no ocupó un lugar central en la producción literaria ecuatoriana, el autor aclara que su estudio se concentra en la *noción* de vanguardia que se manejaba en la época. La novedad de este trabajo no radica solamente en el estudio del tema, sino que contribuye con una visión más amplia de la producción literaria durante esos años, dando a conocer el lugar que ocupaban los escritores y la creación literaria en un contexto general. Por un lado, el trabajo saca a la luz los debates entre quienes se decían vanguardistas; por otro, ayuda a comprender la relación que existía entre los escritores que formaron el canon de la generación del 30 y los vanguardistas. Tanto los autores que hicieron sonar las voces de indios y montubios, así como los vanguardistas, vivían lo que Robles llama, citando a Agustín Cueva, “un momento de reubicación del poder político y cultural”. El nuevo orden privilegiaba una literatura con orientación social que lo avalara; en otras palabras, se escogieron ciertos filtros de canonización sobre otros. Existía un lugar legítimo de enunciación que, en el caso ecuatoriano, lo ocupaban quienes escribían sobre lo autóctono, no los vanguardistas quienes estaban lejos de la literatura canónica. Leer el estudio de la vanguardia de Robles en el contexto de la literatura producida en los años 30 puede ayudar a comprender la lógica de ciertos mecanismos de consagración que predominaban en esa época y la idea de nación elaborada desde la literatura.

Por el peso de lo étnico y lo autóctono en la conformación del canon ecuatoriano, importantes obras cuyas preocupaciones pasaban por lo urbano y retrataban una realidad compleja que pertenecía a la vida en la ciudad, no fueron consideradas. Pablo Palacio y Humberto Salvador, como demuestra Wilfrido Corral, representan quizá el mejor ejemplo de un olvido que tiene que ver más con la intemperancia de una racionalidad cerrada, que con los aciertos de la crítica y sus criterios de consagración. Así, el otro lado de la metáfora geográfica originaria del discurso literario, quizá esté mejor representado por Pablo Palacio, tardíamente reconocido entre los grandes de la literatura hispanoamericana. El olvido de Palacio y su encuentro tardío está detallado en este iluminador trabajo en el que, con cierta mordacidad, se llama a Palacio “un escritor muerto a cánones”. El artículo es una versión reducida y actualizada del estudio introductorio que escribió Corral para las *Obras completas de Palacio*, edición crítica, publicada por la UNESCO (2000) y que al ser redactado para es-

te volumen, contribuye además con un análisis de la obra de Humberto Salvador. En “Humberto Salvador y Pablo Palacio: Política literaria y psicoanálisis en la Sudamérica de los treinta”, Corral hace un serio recorrido por la producción literaria de Palacio y Salvador, y establece genealogías con la narrativa contemporánea. El trabajo cuestiona de manera enfática la labor de la crítica y los valores que se han manejado dentro del campo literario en el Ecuador en el siglo anterior, como por ejemplo, la intransigencia ideológica. Considero que por la profundidad de sus juicios y la amplitud conceptual con la que trata el tema, relacionando autores y perspectivas analíticas, este trabajo ha sido la mayor contribución a la crítica literaria en Ecuador en la última década.

La búsqueda del origen —o de *Los orígenes* (1952), como titula Jorge Enrique Adoum a una de sus obras— es, según Iván Carvajal la característica de la poesía escrita durante los años 50. El origen tiene que ver también con esa noción de lo autóctono donde la metáfora de la tierra simboliza esta América “donde no hay historia sino geografía”, palabras con las que Carvajal critica el pensamiento eurocéntrico. En “Acerca de la modernidad en la poesía ecuatoriana”, Carvajal organiza la lectura alrededor del primer concurso de poesía *Ismael Pérez Pazmiño*, convocado por *El Universo* en 1959. Al inicio de su artículo, Carvajal escribe que un concurso de poesía “coloca a los poemas bajo una perspectiva algo exterior al hecho poético”. Toda lectura crítica y mecanismo de consagración someten al texto a una perspectiva *extrapoética*, esta mirada es consustancial a la labor crítica. Sin embargo, esto no debe ser motivo de preocupación, siempre y cuando la lectura propuesta abra los horizontes de comprensión de la obra. Carvajal reconstruye el acontecer político, económico y social de la época y da cuenta de la búsqueda en la lírica de esta década tan importante de la historia ecuatoriana. El yo poético se forma alrededor de la pregunta sobre el origen, un origen que legitima la misma retórica. En los años 50, las ciudades comenzaron a convertirse en los centros de producción y consumo masivo y había, aunque de manera incipiente, una discusión sobre la modernización desarrollista. En este sentido, la pregunta que sugiere el artículo de Carvajal, y que puede dar lugar a más de una investigación, es si la lógica de la búsqueda estética propuesta por los poetas que escribieron a finales de la década del 50, no estaba también pautada por lo que entonces constituía el canon de la literatura ecuatoriana. Me refiero, por supuesto, a la fuerte influencia que todavía ejercía en el imaginario literario la trascendencia que tuvo la producción de la década del 30, no solo en el ámbito nacional, sino también dentro de los cánones hispanoamericanos. Puede leerse acaso la búsqueda por los orígenes,

como una voz que representa la visión oficial de lo nacional o, por el contrario, como la voz que expresa un rechazo a ese nuevo momento de modernización que venía acompañado del desarrollo de las urbes.

Es interesante notar que la discusión acerca de lo autóctono y la búsqueda de los orígenes tiene el matiz de ser un discurso mestizo. Borges, en “Discusión” (1932), escribió que los discursos sobre lo autóctono son muestras de extrañamiento o exotismo de lo regional. Pensada de esta manera, es interesante leer la literatura afroecuatoriana, donde no es la definición de lo autóctono lo que prima, sino la identidad de una voz que, siendo parte del territorio andino, no es india, ni mestiza, sino afro. A principios del año 2000, Michael Handelsman publicó un libro titulado *Lo afro y la plurinacionalidad: el caso ecuatoriano visto desde su literatura*. En él, el autor presenta una lectura de varias obras que tratan lo afroecuatoriano, lee los clásicos y obras de publicación reciente. Uno de sus capítulos analiza *Jonatás y Manuela*, obra que Argentina Chiriboga publicó en 1994; he incluido este artículo porque Handelsman ofrece una lectura que combina, de manera novedosa en nuestro ámbito, la perspectiva de género con la pregunta sobre lo étnico.

El *boom* petrolero, el proceso de democratización y por último, la globalización han generado nuevas corrientes creativas más ligadas a lo urbano, así, mientras la metáfora de la tierra y sus habitantes articuló, según los críticos, la narrativa de los 30 y la lírica de los 50, en “Petróleo, J.J. y utopías: Cuento ecuatoriano de los 70 hasta hoy”, Raúl Vallejo demuestra cómo la urbe ha sido el eje en la producción de la narrativa corta en el país. La apropiación de la voz del marginal, el uso de su jerga, propone Vallejo, está atravesada por una autoconciencia del acto creativo. Esto se debe al mayor grado de profesionalización por parte de los creadores que, lejos de someter su obra a programas políticos o propuestas ideológicas, buscan nuevas estrategias narrativas donde experimentar con el lenguaje. La ciudad hace las veces de un espejo gigante, donde no solamente se reflejan o deforman los personajes creados, sino los autores y sus búsquedas. La lectura de Vallejo ofrece una perspectiva que vigoriza la narrativa corta y sus logros en los últimos 30 años. El trabajo hace referencia a la prolífica producción de narrativa corta hecha por mujeres, acontecimiento que, como bien apunta el crítico, es desigual y todavía no ofrece, salvo en algunas autoras, propuestas estéticas coherentes. Sin embargo, el fenómeno de la producción literaria escrita por mujeres ha sido lo más notable de la década anterior. Resta por hacer un análisis de género que, sin esencialismos innecesarios y obsoletos, dé cuenta de la formación, de las preocupaciones y del motivo de la

emergencia de estas voces femeninas que, tanto en la lírica como en la narrativa, se han dado en el país. Sea por la influencia que el *boom* de la escritura hecha por mujeres ha tenido a nivel del mercado de libros en América Latina⁷, pienso, nuevamente, que lo importante no es ubicar la producción local como una simple reproducción de fenómenos internacionales, sino comprender su especificidad en el ámbito local.

Concluye aquí la presentación de este libro. Reitero que la elaboré tratando de responder a la necesidad o al deseo de plantear otras maneras de abordar ciertas formas tradicionales de lectura. El horizonte de crisis al que aludo al inicio de estas páginas pretende abrir espacios a nuevas lecturas críticas, que más allá de establecer criterios verdaderos y formular preceptos con pretensión de universalidad, no pierda de vista el lugar desde el cual se enuncia, con quién se dialoga y lo que se defiende. No se trata, por lo tanto, de asumir categorías nuevas para cumplir un requisito con los modismos de la crítica, pero sí usar instrumentos teóricos que puedan iluminar aspectos de nuestra producción literaria que no habían sido considerados anteriormente. Espero que estas páginas ofrezcan una visión general de la labor de la crítica, tanto de sus logros como de los lugares a donde hay que mirar; las preguntas que hay que formular y las respuestas que, críticamente, restan por escribirse.

Volvamos a imaginar un escenario extremo, en el aeropuerto de Barajas o el John F. Kennedy en el año 2000, un mar de gente recibiendo a familia, hijos, esposas, amigos que decidieron dejar el horizonte conocido por intentar una vida que, sueñan, será más digna para ellos y sus hijos. Si su búsqueda es equivocada, nadie lo puede decir; la diáspora ecuatoriana es fruto de otro tipo de exilio. No es ambición de riqueza quizá, lo que lleva a la gente a salir de su tierra natal, sino la miseria y la necesidad de trabajo. Su viaje, como el de quienes compartían el puerto con Colón, tiene el tinte trágico de cualquier exilio,

7 Pensemos en el caso de Isabel Allende, Ángeles Mastreta y Marcela Serrano. Juan Cruz, editor general de Alfaguara en Madrid, manifestó que quienes mejor se adecuaban a los lineamientos generales de la editorial eran dos escritoras mujeres: Ángeles Mastreta y Marcela Serrano. El editor considera que ellas eran quienes mejor habían respondido a la necesidad de crear un mercado global de la lengua española (entrevista personal con la autora de esta antología. Madrid, 1998). La labor del crítico está justamente en desentrañar estos criterios de consagración que se manejan al interior de editoriales como Alfaguara y ver si eso hace de estas autoras mejores escritoras o, simplemente, la calidad de su obra se mide por el éxito comercial que alcanzan y que a la editorial promueve. La pregunta que se puede hacer es ¿de dónde viene la necesidad de *globalizar* la literatura? ¿Es acaso un valor inverso al que se manejaba en los años 30, de mostrar lo autóctono de la región? Distanciándonos de este *boom* comercial —pero teniéndolo en cuenta— sería necesario encontrar las especificidades de la producción y el consumo de literatura escrita por mujeres en el país.

el de una expulsión. En un país del que tanta gente sale en busca de trabajo, oportunidades y maneras de supervivencia, la lectura no puede darse el lujo de permanecer cerrada a criterios y formas anticuadas de percibir la realidad y lo nacional. Leer tiene que ser una actividad que abra horizontes, resistiendo cualquier tipo de *colonización mental*, pero con los instrumentos del pensamiento amplio y formado. En un país donde el índice de migración es tan alto, los criterios para determinar qué es la literatura ecuatoriana posiblemente tengan que cambiar, porque las experiencias de quienes han dejado el Ecuador no dejan de pertenecerle al imaginario de esa nación, que ahora vive en varias ciudades del mundo. No sabemos si la siguiente obra de literatura ecuatoriana está siendo escrita en España, en Chile o en algún lugar de los Estados Unidos y, para leerla, los lectores debemos tener instrumentos críticos.

Bibliografía

- Alonso, Carlos.
1991 *Modernity and Autochtony*. London: Cambridge University Press
- Anderson, Benedict.
1983 *Imagined Communities*. London: Verso.
- Borges, Jorge Luis.
1974 “El escritor argentino y la tradición”, en *Discusión* (1932). *Obras Completas*. Buenos Aires: Emece.
- Bourdieu, Pierre y Loic Wacquant.
1999 “Sobre las astucias de la razón imperialista” *Apuntes de investigación* No. 4, Buenos Aires.
- De la Cuadra, José.
1958 “El montuvio ecuatoriano” en *Obras Completas*. Quito: CCE
- González Echevarría, Roberto.
1991 *Myth and Archive*. London: Cambridge University Press.
- Menocal, María Rosa.
1994 *Shards of Love. Exile and the Origin of the Lyric*. Durham: Duke University Press.
- Rama, Ángel, et.al.
1974 *Literatura y praxis en América Latina*. Caracas: Monte Avila.

- 1984 *Ciudad letrada*. Hannover: Ediciones del Norte.
- Ramos, Julio.
1989 *Desencuentros de la modernidad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Sábato, Ernesto.
1996 “El escritor y sus fantasmas” en *Obra Completa*. Buenos Aires: Seix Barral.
- Said, Edward.
1994 *Representations of the Intellectual*. Vintage, New York.
- Sommer, Doris.
1991 *Foundational Fictions. The National Romances of Latin America*. Berkeley, University of California Press.
- Schwartz, Jorge.
1991 *Las vanguardias latinoamericanas: textos programáticos y críticos*. Madrid: Cátedra.
- Ubidia, Abdón.
1999 *Milenios*. Quito: IADAP.